

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN EN EL CONTEXTO DE LA ESCUELA CATÓLICA

Denis Biju-Duval¹

INTRODUCCIÓN

Hubo una época en nuestros países occidentales, en que el mundo de la escuela se veía como dividido en dos partes: la escuela estatal, la llamada «laica», que algunos decían que era «la escuela del demonio», es decir «la escuela del demonio» para los católicos en la Francia de los años 30, y la escuela católica, supuestamente preparada para proteger a los hijos de las familias católicas de las influencias de «aquel demonio laico». En esta prospectiva, caracterizada por una comprensión de la acción pastoral como «gestión de la cristiandad», era casi imposible definir la escuela católica como lugar de evangelización. En los países de misión, donde en la escuela católica se acogía también a la élite no católica, quizás sí. En los países llamados católicos sin embargo, la escuela católica, en cuanto católica, era vista como un lugar de protección y de consolidación de la identidad católica ya presente en medio de una educa-

¹ Sacerdote de la diócesis de Dijon (Francia). Desde 1998 enseña teología pastoral en la «Universidad Pontificia lateranense» de Roma. Este artículo corresponde a la conferencia impartida con motivo de la celebración de los 25 años de la revista «Sussidi per la catechesi» el 20 de noviembre de 2010 en el colegio La Salle Villa Flaminia de Roma

ción adecuada. Evidentemente, no quiero negar que, también en estas épocas, la escuela católica haya contribuido a la evangelización de las nuevas generaciones. Hago solo notar que la mentalidad y la terminología no se prestaban fácilmente a la expresión de esta dimensión sobre su misión.

El título de esta intervención «La nueva evangelización en el contexto de la escuela católica» muestra como han cambiado las cosas. Podemos destacar al menos dos novedades:

- por un lado, se toma conciencia de que la evangelización no concierne solo a los no-creyentes para convertirlos, sino que también concierne a los creyentes, pues hay que tener en cuenta que cada hombre hasta que no finaliza su camino terreno no llega al final; precisaremos en seguida como el concepto de evangelización ha sido objeto de una profunda evolución en estos últimos decenios;
- por otro lado, la evolución moderna de las nuevas generaciones hace imposible individualizar una frontera clara entre creyentes y no creyentes, aun en el interior de la escuela católica; tentaremos pues de precisar la naturaleza del debilitamiento creciente de los procesos de transmisión educativa de las referencias humanas y cristianas, y de la crisis que se da en el mundo de los educandos y en el de los educadores.

Después de estas observaciones, estaremos dispuestos a identificar algunas prioridades de actuación para que la escuela católica recupere y desarrolle mejor su misión evangelizadora en la situación presente.

EL DESARROLLO DE UN CONCEPTO INTEGRAL DE EVANGELIZACIÓN

Hasta el Concilio, la palabra «evangelización» designaba una fase específica del proceso misionero: la del anuncio explícito de Cristo a quienes lo ignoraban. A partir de «*Evangelii Nuntiandi*» el papa Pablo VI hace una elección terminológica diversa. Como escribe:

«Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: (...) la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos».²

Como se ve, la dimensión kerigmática es central. El centro dinámico de la evangelización queda siempre como «un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús»³. Pero el sentido de la palabra ha llegado a ser más amplio: incluye todos los aspectos del trabajo transformador de la humanidad, incluso por ejemplo en los niveles sociales y culturales. En esta perspectiva, el documento profundiza la relación entre evangelización en este sentido integral, y el servicio cristiano de la promoción humana, que representa un momento. No es posible ya separar rígidamente acción eclesial «ad intra» y «ad extra». Ciertamente vale siempre la diferencia teológica entre la invitación a la fe de los hombres no bautizados que ignoran a Cristo, y el despertar de la fe y el servicio de su crecimiento para los hombres ya miembros de la Iglesia. En la práctica, sin embargo, la distinción no es tan clara. No se excluye que oculta, la gracia de Cristo ya haya reunido hombres que no eran miembros visibles de la Iglesia, ni hombres que, siendo bautizados y catequizados, tengan necesidad de ser profundamente renovados en Cristo. Considerada en este sentido global, la evangelización es pues, y cito,

«La gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. La Iglesia existe para evangelizar» (EN 14)⁴.

En este punto, se entrevé una relación esencial entre evangelización y educación. Para ser integral, la evangelización debe mirar al crecimiento de toda la persona en Cristo. El misterio de la encarnación y su traducción en

² PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi* (EN), 18

³ EN 22

⁴ EN 14

la delicada relación entre naturaleza y gracia evitan separar las dimensiones humanas y espirituales, de confundirlas, o de negar la una en nombre de la otra. En realidad, es la misma acción eclesial que hace al hombre nuevo en Cristo (evangelización) y que por esto, se pone al servicio de su crecimiento integral. Quien quisiese negar este servicio para concentrarse en el «espiritual puro» debilitaría la evangelización haciéndola perder sus raíces antropológicas: a lo mejor, produciría «místicos inmaduros», cuya vida espiritual, quizás provisionalmente intensa, no sería duradera ni coherente. Viceversa, una educación que no tomase en serio la dimensión espiritual no podría desembocar más que en la pérdida del sentido, aunque humano, de la vida, sobre el cual pretendía focalizarse. Solo el delicado equilibrio descrito por «Gaudium et Spes» a propósito de la autonomía de las realidades terrenas⁵ consiente en integrar correctamente el espesor humano y el dinamismo espiritual de una educación humana y cristiana que se quiera auténticamente evangelizadora.

PERFIL DE LAS NUEVAS GENERACIONES

Más o menos hasta los años 60 en los países occidentales, la acción educativa podía contar con ciertas referencias bastante compartidas en la cultura. Existía una memoria cristiana fuerte, unida a la visibilidad social, cultural e institucional de la fe. Ciertamente, no todos eran cristianos convencidos, no todos habían desarrollado una vida teológica madura. Una minoría siempre más consistente había hecho elecciones explícitamente contrarias a la fe: ateísmo, comunistas, etc. Para un número creciente, el seguimiento vago de pertenencia a la Iglesia se conjugaba con una práctica religiosa restringida a lo mínimo. Se tendía a cierta reducción sociológica de la identidad cristiana: cristiano no se era por ser creyente en Cristo, sino simplemente porque se era italiano, francés o español, porque eran herederos de los llamados «valores cristianos» sobre los cuales se fundaba la conciencia social. En suma, un comunista anticlerical podía casarse con una católica practi-

⁵ VATICANO II, Constitución pastoral «Gaudium et Spes» 36.

cante, porque la oposición a nivel de las convicciones religiosas se jugaba todavía en un horizonte común de memoria, de cultura y de valores: por ejemplo en el modo de representar la pareja, la familia y la educación. La propuesta de la Iglesia, y más específicamente la propuesta de la escuela católica, oscilaba entre dos posibilidades:

- La de la pereza pastoral: se contaba con un dinamismo de transmisión de referencias humanas y cristianas casi por inercia, eventualmente, añadiendo algunas presiones clericales autoritarias: esta pastoral podía gozar todavía de cierto grado de aceptación por parte de una población todavía, al menos en parte, unida a la Iglesia, aunque la eficacia era más de carácter sociológico que espiritual;
- La segunda posibilidad consistía en apoyarse en esta memoria cultura y religiosa compartida, y en favorecer el descubrimiento del dinamismo espiritual vivo que no constituía el sentido profundo. Para la escuela católica, esto significaba crear un ambiente educativo y hacer propuestas específicas para ayudar a los jóvenes a integrar personalmente y a transformar en vida espiritual viva lo que su familia y el ambiente social y eclesial había ya iniciado con la transmisión.

Estas dos actitudes entraron en crisis cuando comenzó a debilitarse esta base de memoria común de fe, de cultura y de valores compartidos. Diversos factores pueden explicar esta inquietante evolución:

- Se notaba ante todo una disgregación progresiva de las raíces estructurantes de la persona. Por lo que respecta a la familia, siempre más numerosos son los hijos de parejas separadas o recompuestas. Por otra parte, se ha pasado de una cultura familiar de «clan» (5 hermanos y 40 primos) a una cultura de hijo único. Se verifica también una creciente dificultad de los padres en asumir correctamente su papel: se sabe cada vez menos qué significa «ser padre o madre», como dialogar, como superar un conflicto, como ejercer la autoridad, etc. Este empobrecimiento de los lazos familiares se amplían por la invasión de lo virtual, que se muestra capaz de parasitar gravemente las relaciones con las

personas y el mundo real. El fenómeno ha tomado consistencia después de la guerra, cuando la Televisión ha entrado en las familias, sin que se mida el profundo cambio que esto ha provocado en el equilibrio de las relaciones. Sucede lo mismo con la llegada del ordenador, de Internet y de los teléfonos móviles. Se da así un alargamiento casi infinito de las posibilidades de comunicación lejanas, al cual corresponde una incapacidad creciente a vivir con los más cercanos de forma madura. La personalidad madura real se estructura a partir de relaciones reales. Se constata al contrario cómo relaciones pobres o virtuales no pueden generar más que personalidades débiles, con importantes retrasos de madurez (se piensa en la dificultad creciente de las nuevas generaciones para hacer elecciones matrimoniales y vocacionales).

- Esta pérdida de consistencia de los lazos reales se ve acompañada por una pérdida de coherencia. Los horizontes de valores compartidos, que garantizaba cierta coherencia educativa por parte de todas las instancias implicadas (familia, escuela, parroquia, autoridades civiles, etc.), ha sido sustituida por una sobreabundancia de mensajes y de comportamientos que explotan en todas direcciones. A los media y su impacto, se añade el efecto de la presencia de otras culturas y religiones representadas por los inmigrantes, cuyo número no cesa de crecer. Para un niño y un muchacho de hoy, es casi imposible percibir en esta situación el mínimo de coherencia del que tendría necesidad para interiorizar las propias referencias culturales y religiosas. La única coherencia que queda por tanto es la «débil» del relativismo: se puede pensar, creer o hacer todo y lo contrario de todo.

- El problema no es solo el de las nuevas generaciones, sino de sus educadores. Este fenómeno nos hace retomar a la generación joven de los 60: entrada en crisis de su herencia cultural y religiosa, ha querido rechazarla, y ha renunciado a transmitirla. Este fenómeno se puede explicar al menos en parte por la pereza pastoral y educativa de la que hablábamos antes. Valores que se transmitían solo por la inercia de la tradición y el autoritarismo se transforman inevitablemente en un peso insostenible, sobre todo en un contexto de cambios rápidos. En este

contexto, el 68 puede ser entendido como una forma de desfogarse, en parte inevitable. La crisis ha sido tanto más radical, cuanto no consistía solo en rechazar este o aquel valor, sino el principio mismo de la transmisión de los valores. Se pretendía sustituirlo con una libre creatividad subjetiva sin referencia y sin «estructuras de exclusión» (se recuerda el slogan de la época «está prohibido prohibir»). Hoy, se ve esta generación de los 60, que más o menos tiene ahora 70 años, como una generación herida, con muchas historias no asumidas con el propio pasado.

- Las generaciones siguientes, es decir, los hijos y nietos, tienen un perfil bien diverso. El 68, en efecto, vive un conflicto interior en cuanto intenta rechazar una herencia que lo ha estructurado personalmente. Sus hijos y sus nietos viven sin embargo un déficit grave de herencia. Se observa una débil estructura personal, ligada a una cultura de la ausencia de límites, que hace a las nuevas generaciones particularmente débiles frente a las llamadas inmediatas del consumismo, y poco capaces de compromiso coherente y duradero. En el extremo opuesto, se buscan, en un modo casi compulsivo, las referencias que sus educadores no les han transmitido. Desde aquí el fenómeno del repliegue identitario, y en el campo religioso, la tentación integrista. Esto no significa el reforzamiento de los valores y de las religiones, sino sobre todo el alto nivel de angustia generado por su debilitamiento cultural.

Por cuanto se refiere a la cuestión de la evangelización, se percibe en términos nuevos. En Italia, se constata un fenómeno extraño: muchos jóvenes han sido bautizados, catequizados durante años, la mayor parte de ellos han seguido el curso de religión hasta la madurez, pero llegan a la edad universitaria y parece que olvidan casi todo. Las creencias y los comportamientos parten en todas las direcciones. Es un síntoma claro de la pérdida de coherencia de los mensajes educativos y de la crisis de las instancias de la transmisión cultural y religiosa. En suma, la propuesta cristiana todavía presente en Italia pierde su capacidad de incidir realmente en la construcción de la joven personalidad, porque no representa más que una de tantas voces contradictorias que resuenan en sus oídos. Se pierde en su caos, y en la violencia de las llamadas del deseo inmediato típico del consumismo. El

fenómeno es tan potente que hace imposible cualquier intervención educativa eficaz.

LA ESCUELA CATÓLICA, LUGAR ESTRATÉGICO DE EDUCACIÓN EVANGELIZADORA

Si consideramos el crecimiento personal de un educando, la familia y los padres representan la referencia principal de los primeros años, y conservan un papel central durante mucho tiempo. Hemos visto como hoy, esta referencia se debilita. Bien pronto, el niño sale de casa: frecuenta el infantil y luego la escuela. Los lazos que nos desarrollan pierden una importancia creciente en su vida: por un lado, el tiempo que pasa allí ocupa la mayor parte de su jornada, y por otro, la socialización que se vive toma un significado psicológico y educativo creciente para el niño y luego para el adolescente. Demasiado a menudo inmersa, sin distancia crítica, en el ambiente relativo y consumista apenas percibido, la escuela pública tiene grandes dificultades para proponerse como lugar coherente de educación y de transmisión cultural. La escuela católica sin embargo goza de una identidad, de raíces y de un proyecto que le confieren una mayor capacidad para reflexionar sobre sus propios desafíos. Así, la escuela católica parece hoy uno de los pocos lugares a partir del cual sea posible proponer una coherencia educativa y cultural para hacer crecer a las nuevas generaciones. Esto nos hace estar atentos a ciertos problemas.

- El primero mira a las relaciones con la familia. Tener en cuenta su fragilidad no significa obrar en contraposición con ella. Tales impostaciones no harían en efecto más que empeorar la situación, alimentando la incoherencia que viven ya los jóvenes entre las diversas figuras de autoridad educativa. El único camino que se puede recorrer para tejer en torno a ellos la coherencia de la cual tienen necesidad consiste en la intensificación de las relaciones entre familia y escuela. Deberíamos hacer de la escuela un canal de crecimiento no solo de los hijos, sino también de los padres mismos, haciéndoles partícipes del proyecto educativo de la escuela, y ofreciendo su oportunidad de formarse mejor en

su «trabajo» de padres. La atención no solo al hijo, sino también a su núcleo familiar, a sus necesidades y a las dificultades que viven, no es algo «de más», sino un elemento estructural de la misión de la escuela católica.

- Por la misma razón de la coherencia, la escuela católica no puede considerarse responsable solo de los contenidos transmitidos en los cursos o en la relación directa entre educadores y alumnos. Debe estar atenta a la totalidad de lo que se vive, en particular de la cualidad de las relaciones y de las amistades que los muchachos puedan desarrollar entre ellos. En este nivel, son obviamente importantes la disciplina, sus reglas y sus sanciones, pero integradas en la perspectiva positiva de las relaciones en la educación. A causa del empobrecimiento de estas relaciones, de las cuales hemos visto las causas, se notan en la escuela crecientes problemas de comportamiento en todos los ámbitos: violencia física, dictadura de la moda, bullying, desórdenes afectivos y sexuales, etc. El nivel de violencia psicológica ha crecido mucho en estos últimos años entre los muchachos, hasta tal punto que para los más frágiles, la escuela puede transformarse en lugar de resocialización y de marginación. En algunas zonas, crece entre los muchachos una cultura del rechazo sistemático de cuanto la escuela intenta transmitir, y los pocos alumnos que quieren trabajar son víctimas de diversas violencias. Frente a estos problemas, los distintos responsables de la autoridad en la escuela (docentes, educadores, capellanes, etc.) deben ver la escuela como una comunidad educativa a la cual son llamados a su servicio. En efecto, lo que educa, no solo son los educadores, sino el conjunto de las relaciones que los alumnos viven en la «comunidad escolar». No hay coherencia educativa cuando se intenta transmitir solo relaciones de autoridad cuando no hay relaciones a todos los niveles.

- Es significativo el hecho de que San Juan Bautista de La Salle haya escrito un libro sobre «las reglas de cortesía y urbanidad», insistiendo en el hecho de que estas reglas son solo válidas si están encarnadas de la caridad. Hemos visto cómo, al multiplicarse los medios de comunicación, son más frágiles y problemáticas las relaciones reales. Se da,

pues, el hecho que el desarrollo de estos medios no se ha visto acompañado por las necesarias reglas humanas que hubieran consentido su integración en relaciones de calidad. En estos tiempos, la escuela católica debe considerar como su misión favorecer el nacimiento de una renovada cortesía cristiana bien encarnada en nuestra cultura postmoderna.

- En este punto comprobamos como la educación auténtica recorre un dinamismo de evangelización sobre todo en contextos de pobreza humana, familiar, espiritual; los muchachos crecen con una percepción reducida de su valor como persona. Una de las formas más urgentes de evangelización es que vean la importancia que los muchachos tienen a los ojos de Dios, que hasta la eternidad les ama de modo incondicional. Es necesario por lo tanto la unidad entre los hechos y las palabras. ¿Como puede un niño o un muchacho percibir que es amado por Dios, sino a través de la mirada y las actitudes de los educadores, y si sus acciones lo hacen posible, a través del ambiente de mutua estima que se desarrollará en la comunidad escuela?
- En todos estos problemas, necesitamos poner en consideración cuanto se ha observado anteriormente: es decir, la crisis de la educación no es solo la de las nuevas generaciones para educar, sino también las de los educadores, del concepto de educación, y de los procesos de educación. Hay una dificultad particular de la generación de los educadores del 68. Aunque su edad media es de 70 años, representan todavía una mentalidad difusa todavía presente. A causa de su historia personal, estos educadores tienen cierta dificultad para percibir la fragilidad y las necesidades de los muchachos de hoy. Para poder desarrollar su papel, tienen necesidad de ser ayudados a releer la propia historia, y comprenderla con más distancia crítica. Su sufrimiento de herederos necesitados de liberarse del peso excesivo de la herencia, no es la de los jóvenes privados por la herencia. Cuando no los entienden, tienden a interpretar esta necesidad de herencia como un volver atrás en las miradas de las elecciones sufridas que ellos han creído era su deber hacer. Pero no es así: leen la situación presente con criterios de interpretación inadecuada.

— En realidad, la generación siguiente de educadores ya ha llegado. Es una generación mucho más frágil, en crisis porque esa misma ha recibido poco, sea desde el punto de vista del contenido educativo, sea desde el punto de vista del arte de educar. El contexto de la escuela católica, de su identidad, y las fuentes de los carismas de las comunidades religiosas que lo animan, pueden ayudarle a reintegrar la sabiduría educativa de la cual demasiado a menudo no han podido beneficiarse. Por otra parte, comprendiendo mejor las necesidades de los muchachos de hoy, pueden contribuir a renovar la propuesta educativa. Tienen necesidad de ser ayudados sea a descubrir la experiencia educativa eclesial, sea a sostenerse para formar una verdadera comunidad educativa. En esta prospectiva, el esfuerzo considerable llevado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas con la formación de los profesores corresponde verdaderamente a la urgencia de los tiempos.

LA ESCUELA CATÓLICA Y EL ANUNCIO DE CRISTO

Recordamos con las palabras de Pablo VI que el centro de la evangelización (y por lo tanto de la educación cristiana), es el dinamismo del anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús⁶. Ya en el pasado, el olvido podía reducir la transmisión de la fe a un proceso de naturaleza puramente sociológica o intelectual. La escuela católica se arriesgaba a transmitir «valores», una «identidad», una «doctrina», «usos», prescindiendo del testimonio de las relaciones vivas con Cristo. Procedía de una reacción antirreligiosa y secularista, frente a la cual la Iglesia (y la escuela) se presentaban como fortaleza y salvaguarda de los valores. Solo que esta fortaleza debía poco a poco abandonar el terreno social y cultural bajo los asaltos siempre más potentes del secularismo. Hoy, en cambio, valores, identidad, doctrina y uso están en crisis, y el peligro está en la confusión de las creencias: relativismo, sincretismo, subjetivismo y reducción de las creencias a productos de libre disposición en el gran supermercado global de lo espiritual. El peligro preva-

⁶ EN 22.

lente no es el secularismo ateo, sino el retorno confuso de lo espiritual, donde Jesús está, pero como figura opcional entre tantas.

Los padres que inscriben a sus hijos en la escuela católica lo hacen por motivos extraordinariamente diversos. Para algunos, se trata decididamente de coherencia con la fe: del deseo que sus hijos sean instruidos y educados a la luz de la fe en Cristo. Para un número consistente, la atención prevalente es la de la transmisión de los valores, en un contexto donde son objeto de generalizada puesta en crisis. Para un número creciente, se trata de ofrecer a los hijos el ambiente abierto a lo espiritual, con la base de creencias confusas y vagas. Para algunos, la preocupación es meramente escolar: piensan en encontrar una institución que garantice mejor el éxito de los hijos en los estudios. Desde el punto de vista de los hijos, sin embargo, la cuestión religiosa queda a menudo muy vaga, porque lo que han recibido en familia se ha debilitado y porque el catecismo representa para ellos una de tantas voces que escuchan en tantos canales a los cuales pueden acceder. No son raros los casos de muchachos que han hecho ya experiencia de religiosidad paralela, tipo espiritismo, magia y, tal vez, satanismo.

Esta situación extremadamente caótica hace más urgente el anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús del que hablaba Pablo VI, o según la fórmula de Juan Pablo II en «Novo Millenio Ineunte», el «repartir de Cristo». En la actual confusión, este anuncio no debe presuponer demasiado sobre cuanto se ha recibido en materia de fe y de moral por los jóvenes. Nos debemos centrar en el acontecimiento Cristo, desde su muerte y resurrección, y sobre el encuentro con él que este acontecimiento hace posible. La suerte de la escuela católica es la de ofrecer un contexto educativo coherente, donde a las palabras puedan corresponder los hechos. Esto supone, por parte de los educadores, su capacidad de testimoniar explícitamente su fe y de expresarla en las actitudes y las realizaciones educativas: y aquí, de nuevo, tienen necesidad también ellos de ser constantemente evangelizados y sostenidos por su integración en una verdadera comunidad cristiana. Solo sobre esta base, que en realidad será la verdadera primera evangelización, es posible desarrollar en modo vivo y convincente las dimensiones continuísticas, morales y culturales de la fe. El problema, en efecto, es que, en la situación

presente, la propuesta catequética viene hecha como si los niños y los jóvenes hubieran escuchado la primera evangelización, y como si bastase educar para hacer crecer una fe ya presente, que no es segura en tantos casos.

Para poner un ejemplo de estas dificultades, dar catecismo en la escuela tiene sentido cuando existe en las familias una coherencia cristiana que garantiza al menos su participación en la misa dominical. Cuando esta coherencia no se da, nos encontramos con niños que se preparan a la primera comunión en la escuela, pero que no frecuentan casi la misa. Llega a ser grande el riesgo que su primera comunión sea la última. El modo de hacer correlativos a una situación de cristiandad todavía consistente, nos lleva a verdaderos absurdos pastorales cuando la práctica de la familia es todavía menor. En este caso, considerar la parroquia como el lugar normal del catecismo garantiza una capacidad mayor de restablecer la coherencia.

CONCLUSIONES

Consideramos a algunos grandes educadores cristianos como San Juan Bautista de La Salle o Don Bosco. Cuando se recuerdan sus intuiciones y su carisma original de fundadores de congregaciones y escuelas católicas, se ve cómo unieron fuertemente evangelización y educación. Llevaron a menudo estas intenciones en contacto con situaciones de grandísima pobreza humana y cristiana. Uno de los riesgos a más largo plazo, para la escuela católica, es perder esta energía originaria, insertándose en el ritmo más seguro de la educación de los hijos de «buenas familias» entre comillas. Notamos ya cómo esta evolución daña la educación cristiana de unos y de otros: también tienen sus problemas y su pobreza. Por otra parte, cuando por fuerza se vuelve a nuevas formas de pobreza, se encuentran desprovistas de las actitudes necesarias para afrontarlas de modo adecuado. No digo que este problema concierne a todas las escuelas católicas. Se sabe que muchas afrontan diariamente problemas humanos, familiares, psicológicos y espirituales importantes, y hacen una grandísima labor. Hago solo notar este riesgo por poner de relieve que la situación presente nos lleva a volver al carisma originario de los fundadores de nuestras escuelas. Encomendamos pues a su intercesión y a su inspiración los desafíos que vivimos hoy.